

# **No luches por mí, lucha conmigo. Un testimonio de la Marcha de las Mujeres, Washington D.C.**

Lina Martínez Hernández<sup>1</sup>

Para ella fue genial; para mí, algo muy cercano a una decepción. Mi psicoterapeuta y yo fuimos a la Marcha de las Mujeres en Washington D.C. el pasado 21 de enero. No fuimos juntas, tal vez eso habría sido algo raro. Cada una fue por su lado, pero aunque distanciadas, terminamos en la misma marea de mujeres, en su mayoría blancas, coronadas por el ya famoso *pussy hat* rosa. Mi terapeuta, llamémosla Irma; pues yo también me debo a la confidencialidad, viajó en un bus que la llevó desde Filadelfia a la capital junto con muchas otras mujeres, incluyendo entre ellas un par de mujeres negras, "clara" representación de diversidad. Yo viajé desde la misma ciudad con un amigx, que en vez del gorro rosa llevó un pasamontañas negro para hacer presente la lucha zapatista en lo que se suponía sería un evento incluyente y emancipador.

Días después del evento, acudí como siempre a ese consultorio oscuro en el que nos encontramos Irma y yo cada semana. Irma es una mujer blanca, mayor, de pelo rojo, judía y lesbiana. Yo, colombiana, de pelo negro y grueso, como muchos en la parte central de mi país, de piel morena, inglés con acento y un doctorado en literaturas de América Latina. ¿Para qué tanto mote descriptivo? Porque Irma y yo representamos experiencias muy diferentes y, por lo mismo, nuestra participación en la marcha no es más que un reflejo de la potencia y los límites de esas experiencias.

Luego de un rato de hablar de papi y mami, como se hace usualmente en el espacio de la psicoterapia, cambiamos al tema de la marcha. Le digo a Irma que no me gustó, que sentí que hizo falta algo, que entendía el descontento en ciertas

---

<sup>1</sup> Doctora en Estudios Hispánicos por la Universidad de Pennsylvania. En la actualidad trabaja como profesora visitante en el Departamento de Español en Haverford College. Se especializa en Estudios del Caribe Hispano y actualmente, trabaja en una investigación que cuestiona y busca alternativas alrededor de la centralidad de la identidad racial y sexual en esta región del continente americano.

comunidades, particularmente la comunidad de **mujeres afroamericanas** porque esa marcha fue una marcha de mujeres blancas, como ella. Irma, como se supone debe hacerlo, se limitó a preguntarme “Y...¿cómo te hace sentir eso?”, yo no entré en el juego, le dije que yo quería que ella me contara su experiencia, pues son muy pocos los espacios en los que puedo hablar con mujeres blancas sin la condescendencia de la corrección política o la impaciencia de quienes no saben hablar con la diferencia, la impaciencia de la discriminación.

Irma me dice que fue fascinante. Para ella, la multitud fue como un retorno al ímpetu de las manifestaciones de los años setenta, fue como retomar una lucha que para ella resultaba familiar. Por fin las mujeres volvían a unirse; por fin se reactivaba una lucha que era suya y que aún tenía mucho por qué pelear. Irma cantó con las mujeres, marchó con las mujeres, caminó alrededor del Independence Mall, y luego regresó al bus que las traería de vuelta a la ciudad del amor fraternal. No hubo mayor complicación. Entonces, preguntaba Irma “¿por qué tú lo sentiste como una decepción?”

“Bueno, Irma...” le contesté, porque yo no soy una mujer blanca. Nunca he sido partidaria de la segregación ni la auto-segregación, como es frecuente en el discurso político y social en Estados Unidos. Me molesta pensar que —al ser una persona queer, morena, hispana, bilingüe y migrante— represento algo más que mi identidad y mi experiencia que, como el carné de identificación, es intransferible. Pero con esta marcha constaté que es inevitable. Las políticas de identidad marcan profundamente el descontento actual, no solo frente a la administración Trump y sus excesos, sino en el trato cotidiano. Poder chulear todas esas categorías no me ha hecho un sujeto posmoderno, como fuera el sueño de los estudios culturales académicos. Más bien, dentro de las dinámicas relacionales en este país, me ha obligado a saber resistir la trampa de quedarme con una categoría, con una cajita, de limitarme a ser “representativa” de una forma excluyente de filiación.

Con mi amigx, una persona indocumentada de México, comprobamos una y otra vez la distancia entre nuestra presencia y la de la mayoría de las mujeres en esta marcha. Vimos sin sorpresa, apretadxs en el metro en camino hacia el Mall, cómo éramos las únicas personas hispanas en todo el vagón. Mientras la mayoría de las pancartas decían “My pussy, my rights”, haciendo referencia a la misoginia

del gobierno Trump y sus amenazas a Planned Parenthood, nosotrxs cargábamos con los rostros de personas indocumentadas de nuestra comunidad hispana en Filadelfia, retratos hechos por la artista Michelle Angela Ortiz para, originalmente, participar en protestas contra la deportación. Al ir caminando, también nos sorprendía cómo podíamos llegar a ser incluso invisibles para muchas de las mujeres portadoras del *pussy hat*. En algún momento quedamos atrapadas en una avalancha de personas y, al intentar movernos, recibíamos las quejas de mujeres desacostumbradas a ser empujadas o incluso al contacto cercano de otros cuerpos. Escuchábamos algunas conversaciones interesantes a nuestro alrededor, pero al intentar participar no recibíamos una respuesta como interlocutoras, sino congratulaciones por ser capaces de hablar en inglés. Una mujer se tropezó conmigo y al verme me dijo, llena de orgullo e infectada por la energía del evento “I am fighting for you” (*Estoy peleando por ti*). No se me ocurrió otra cosa que preguntarle “Are you fighting for me or with me?” (*¿Estás peleando por mí o conmigo?*). Se alejó repitiéndose, casi como un mantra “with you, with you” (*contigo, contigo*).

Continué contándole a Irma cómo, cansadxs de no saber bien qué pasaba en la marcha y de no poder mantener una conversación con nadie a nuestro alrededor, decidimos ir a buscar algo de comida a la estación de trenes. La encontramos repleta: sombreros rosa por doquier. Mujeres comprando sin parar. Compraban ropa, souvenirs, comida. Compraban y reían. Parecía más una feria que una protesta. Resultaba muy diferente a nuestra experiencia en manifestaciones políticas en América Latina. Nos sentamos a compartir un plato de arroz chino y por fin vimos otras personas como nosotros. Todos estaban detrás de los mostradores de los restaurantes, todos estaban trabajando: preparando la comida para la horda de manifestantes y limpiando mesas y pisos. Allí estaba “nuestra gente”, la que no pudo dejar de ir a trabajar para luchar por sus derechos. Y allí estaban estas mujeres, muchas de ellas indiferentes ante la presencia de estas otras realidades. Llegábamos a la conclusión de que en vez de ir al *shopping mall* ese sábado, muchas de estas mujeres decidieron protestar. Lamentábamos que nuestra sospecha fuera realidad y que, al regresar a casa, pudieran simplemente prender su televisión, admirar las compras del día y dormir como lo hacen rutinariamente. Pero también lamentábamos nuestras conclusiones y soñábamos

con poder vernos reflejadxs en ellas, con poder sobrepasar esos límites de las políticas de identidad, poder nombrarnos y encontrarnos de otra manera.

Irma me escuchó con atención y, de manera sincera, me dijo que nunca había pensado en ese otro lado de la experiencia de la marcha: esa sensación de no pertenecer, de no saberse incluido; algo que le escuché a otras personas no blancas que también participaron. Yo tampoco había parado para pensar en su experiencia y aceptar que es tan real y válida como la mía. Con todo, aunque me resista a aceptarlo, hay mucha razón en las críticas hechas a esta marcha: fueron las mujeres blancas las que mayoritariamente votaron por Trump; son las mujeres blancas las que pueden salir a la calle sin el temor a ser aprehendidas, hostigadas o deportadas; son las mujeres blancas, pero sobre todo de clase media, las que pueden tomarse días del trabajo, comprar su gorro rosa y gritar frente a la policía, sin temor alguno “Fuck Trump”. Y son ellas, aunque no todas, las que se resisten a ver que esa lucha que creen que hasta ahora se reactiva, es una lucha que no ha dejado de darse en comunidades afroamericanas, hispanas, asiáticas, queer y trans, entre otras, porque no hay forma en que se pueda parar de luchar y sobrevivir. Pero también ignoran que miembros de ese “ellas” han estado vinculados a estas luchas sin escándalo ni protagonismo. Y que esta es también una posibilidad en el presente.

Me gustaría que un momento como el que viví con Irma pudiera replicarse en una escala más grande. Un espacio para el que esas personas que cuentan con el privilegio de poder manifestarse en público sin temer por sus vidas, pudieran escuchar a quienes no lo tienen. También me gustaría que, aunque reconociendo las disparidades e injusticias históricas, miembros de esas comunidades *otras* aprendiéramos maneras de participación política que fueran más arriesgadas y creativas que la perpetua victimización o el limitarnos a señalar y criticar el privilegio. Como participe de la marcha, no me quiero llevar el dolor de no pertenecer, sino el deseo de poder conectar con esas otras experiencias, de poder ser diferente *con* ellas. Somos capaces de energías y prácticas de transformación que logren otros lenguajes. En la actualidad no necesitamos salvadores de ningún color, lo que hace falta es poder comunicar necesidades y atenderlas de manera colectiva, compasiva y efectiva. Es responsabilidad de todxs saber cómo protegernos frente a lo que viene. Es obligación también reconocer de dónde viene

cada lucha, a qué responde cada grito de protesta, cuánto sufrimiento y cuánta victoria hay tras cada pancarta. Mujer debería ser un mote más para hablar no de una identidad fija, sino de la promesa de una vida digna para todxs.